

PSOE

"Golpe de estado" socialdemócrata

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

UNA semana después de la ceremonia de fusión del PSOE con el PSP, en base a una declaración marxista, y de la impresionante manifestación unitaria del 1.º de mayo encabezada por CC. OO.-UGT y PSOE-PCE, Felipe González declara en Barcelona que va a proponer en el próximo Congreso del partido, a celebrar antes de que finalice el presente año, que se abandone el término marxista que aparece en el punto tercero de la resolución política del último Congreso realizado a finales del año 1976.

Como siempre suele ocurrir con noticias semejantes, recordar la proposición del abandono del leninismo hecha por Santiago Carrillo en otoño pasado durante su viaje a los Estados Unidos, se han producido a continuación mentis, aclaraciones, matizaciones, estableciendo sutiles y bizantinas interpretaciones entre lo que se quería decir, lo que se ha dicho, lo que se ha entendido y lo que se ha interpretado. A la vez, como en el precedente comunista, se da a entender que es una iniciativa personal del primer secretario del PSOE, de la que no tenían conocimiento el resto de los dirigentes.

De ahí que sea necesario distanciarse de toda esta problemática superficial, hojarasca que recubre el problema de fondo, para centrarse en el cómo, porqué y para qué de esta sorprendente sujeción de Felipe González. Sorpresa que radica sobre todo en la elección del momento, dado que era evidente que el PSOE empezaba a encontrarse en una verdadera encrucijada política, como analizábamos la semana última antes de que el dirigente socialista lanzase a través de los medios de comunicación su proposición.

De esta manera se inicia públicamente la controversia entre las dos alas del partido mucho antes de que se celebre el Congreso. Desde ahora hasta entonces vamos a asistir a la confrontación de una triple estrategia interna que va a buscar la ratificación de la propuesta de Felipe González, su rechazo o su "descafeinamiento" a través de alguna fórmula sutil que mantenga al PSOE en la misma ambigüedad que hasta hoy. Es decir, se acaba de iniciar el XXVIII Congreso del PSOE con bastante antelación respecto a la fecha cronológica que estaba fijada. Así vamos a asistir prácticamente durante medio año a las múltiples maniobras de todos los sectores socialistas para ser hegemónicos, subordinar a los contrarios o empatar en una nueva ambigüedad.

La ruptura de un equilibrio

Pues parece evidente que las declaraciones de Felipe González, sin entrar a juzgar si son o no personales, han roto el equilibrio de la correlación de fuerzas internas de la dirección socialista, en

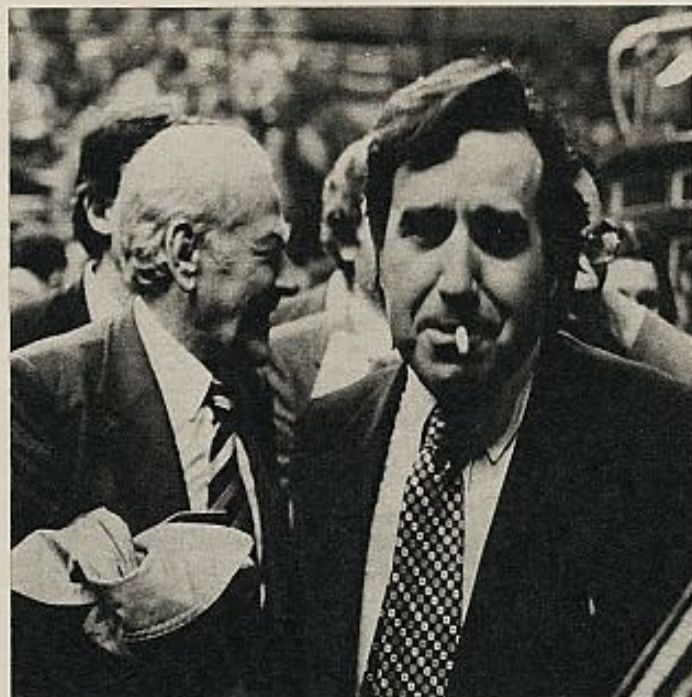
marxista. Lo que indica, por vez primera en noventa y nueve años de tensiones entre los componentes del doble alma histórica del PSOE, que el sector socialdemócrata cree estar en posición de fuerza, dado que hasta ahora la práctica política socialdemocrática —que ha alternado con otros periodos de práctica marxista a lo

es necesario abrirse políticamente hacia las tendencias progresistas de UCD— es convertida en un giro estratégico que reconvierta el papel del PSOE al colocar en posición hegemónica al sector socialdemócrata y en posición subordinada al ala marxista.

Aprovechando esta delicada coyuntura, y para facilitar un Gobierno de coalición bajo hegemonía socialista "socialdemócrata", se lanza ahora, como primera fase de la operación, el abandono del término marxismo. La elección del momento viene determinada por la doble exigencia política de allanar el camino hacia el palacio de la Moncloa y por provocar la polémica interna antes de llegar al Gobierno. La coincidencia, además, de la crisis paralela de UCD (desmoronamiento) y PCE (renovación democrática) atenúa el impacto propagandístico de la lucha entre las dos alas. Por otro lado, la inminencia de la alternativa de poder es también utilizada como factor de disuasión al alentar un posibilismo y pragmatismo de corto vuelo buscando no entrar en querrelas teóricas que alejen la próxima práctica gubernamental.

Asimismo el lanzamiento de la proposición un semestre antes del XXVIII Congreso, persigue encauzar y canalizar la discusión, utilizar el prestigio del primer secretario y los resortes de dirección, convencer a los discrepantes de uno u otro modo, buscar fórmulas de compromiso que faciliten la eliminación del punto tercero de la resolución política del XXVII Congreso, facilitar la incorporación al partido de sectores socialdemócratas dispersos que refuerzan la base social de este ala de la dirección, y enfriar y congelar la polémica para cuando se inicien las discusiones entre los delegados del que sin duda va a ser un Congreso histórico.

Por otra parte, la inexistencia de la probabilidad de otras alianzas —el PCE no sólo sostiene sistemáticamente la tesis del Gobierno de concentración, sino que saluda sorprendentemente el "golpe" socialdemócrata como clarificador— refuerza la maniobra de quienes intentan encontrar por la derecha el apoyo que no encuentran por la izquierda, para a su vez utilizar como palanca transformadora del socialismo esta coyuntura específica y delicada. Sobre todo cuando el extraordinario avance unitario de la izquierda en el plano social, manifestaciones del 1.º de mayo y unidad de acción entre CC. OO.-UGT, podría provocar a corto plazo la hegemonía del sector marxista del PSOE. Así,



Luis Gómez Llorente, con Máximo Rodríguez, en el Congreso de los Diputados. Gómez Llorente es la cabeza de los promarxistas del PSOE.

la que el primer secretario había mantenido siempre una posición de "centro" equilibrada entre sus compañeros socialdemócratas y marxistas. Su anuncio equivale de hecho, no sabemos ni importa mucho saber si es o no una inclinación coyuntural, a desequilibrar la balanza a favor del sector encabezado por Enrique Múgica.

Las opiniones de Barcelona, que reflejan con exactitud los deseos y reivindicaciones de los partidarios del llamado "socialismo democrático", suponen un auténtico "golpe de Estado" interno que intenta reorientar las posiciones político-ideológicas del partido aprobadas mayoritariamente y democráticamente por el XXVII Congreso. Este "asalto" a la sede de García Morato por el ala socialdemócrata es la verdadera motivación de fondo que se esconde tras la discusión en torno al abandono del término

largo de casi un siglo— no había atentado contra los principios ideológicos de la organización fundada por un grupo de marxistas en 1879.

La máxima dirección del partido, una parte de los dirigentes, el apoyo firme y presionador de la II Internacional y una especial coyuntura política del país, son los factores en los que descansa la ofensiva socialdemócrata. Estos puntos de poder burocrático sumados a la crisis de UCD son y van a ser utilizados como puntos de apoyo de esta maniobra que tiende a reconvertir a medio plazo la naturaleza del PSOE. La necesidad táctica de que el desmoronamiento de Unión de Centro Democrático no favorezca la posibilidad de un Gobierno de la derecha, ante una supuesta imposibilidad de que el PSOE pudiese gobernar por resistencias fácticas —para lo que



Felipe González, con Enrique Múgica y Guillermo Galeota, miembros del ala socialdemócrata.

bien mirado, el cómo, el porqué y el para qué, se comprende la elección del momento por parte de los socialdemócratas. Para ellos era urgente dar "el golpe" antes de que la veloz dinámica político-social del país les colocase en posición subordinada.

Los objetivos socialdemócratas

Pero, aparte de los fines coyunturales concretados en la formación de un Gobierno de coalición bajo hegemonía de un PSOE reorientado, los objetivos son mucho más profundos afectando de lleno las perspectivas globales del país por varias décadas. De consolidarse el "golpe de Estado" del 8 de mayo, tanto el espacio político de la derecha como el de la izquierda quedarían ampliamente alterados conforme las líneas generales deseadas por sus principales autores: la reproducción en España del modelo portugués en el que el verdadero partido de centro es el socialista que dirige Mario Soares.

En torno a este previsible eje gubernamental socialista "socialdemocrático" quedaría una UCD escorada claramente hacia la derecha, próxima o aliada a los cuatro mosqueteros de la nueva mayoría (Areilza, Fraga, Osorio y Silva); y un PCE potenciado electoralmente hasta un 15 por 100 de votos, pero encerrado en un "ghetto" político semejante al de sus compañeros lusitanos dirigidos por Alvaro Cunhal, junto con el crecimiento de una extrema izquierda que frenase convenientemente cualquier desbordamiento electoral comunista por encima de los niveles

previstos o tolerables por el sistema.

Más uno de los objetivos claves consiste en que el sindicato socialista rompa su unidad de acción con Comisiones Obreras a fin de potenciar un sindicalismo anticomunista como paso a la división del movimiento obrero por criterios políticos ajenos a la realidad sindical. Aunque ello les pudiese costar alguna escisión, una CFDT hispana alejada considerablemente del PSOE, y un cierto descenso en afiliación e influencia en el mundo obrero, la operación les resultaría rentable en el sentido de cortar cualquier posibilidad unitaria de la izquierda y de impedir que los comunistas en el futuro, porque hoy su estrategia es distinta, pudiesen conseguir que la dialéctica unitaria sindical provocase una dialéctica unitaria política.

En suma, el objetivo de los objetivos radica en impedir la aparición de una alternativa democrática con un programa común que sin salir del marco del sistema no fuese, sin embargo, el esquema programático del sistema. Es decir, asegurar y mantener durante una etapa histórica un tipo determinado de democracia, impidiendo políticamente que pudiese nacer otro tipo siempre dentro de los condicionamientos socioeconómicos y geopolíticos del sistema.

Algunas dificultades

Pero si la operación parece clara, no ocurre lo mismo con su realización. Los obstáculos son tan numerosos por la derecha como por la izquierda, amenazando de lleno la propia fuerza y potencialidad de la organización socia-

lista. Ya de entrada, el "golpe" ha quebrado la importante imagen de marca unitaria que el socialismo monopolizaba en un ambiente general de luchas abiertas y soterradas en el resto de las fuerzas parlamentarias, sin lograr, por lo menos hasta ahora, el beneplácito total de la derecha.

Sería un grave error creer que con el abandono del término marxista, el PSOE va a encontrar menos recelos y suspicacias de las que encontraba anteriormente. En el mejor o peor de los casos, según criterios; este abandono sólo sería el inicio de una larga serie de renunciaciones —no sólo teóricas, sino esencialmente prácticas— previas a contar con el supuesto "nihil obstat" de las fuerzas sociales e instituciones de la derecha. Porque la concepción "socialdemocrática" del bloque sociopolítico de la derecha está a años luz de la que mantiene el principal líder socialdemocrático socialista, Enrique Múgica.

Y en esta carrera de abandonos, las resistencias del sector marxista serían mayores de las importantes que ya se han producido después de las declaraciones de Felipe González. Hasta el momento, y por referirnos a las de más peso y profundidad, hay que registrar el pronunciamiento netamente contrario de todos los socialistas catalanes; el de la comisión ejecutiva de las Juventudes Socialistas; el de la agrupación de Madrid, que días después del anuncio de Felipe González aprovechaba el 160 aniversario del nacimiento de Carlos Marx para reafirmar su carácter marxista; la reiteración de la identidad marxista del partido en la campaña política de este último fin de semana ("el

PSOE es marxista, aunque Felipe insiste") y el de la UGT, cuyo principal líder acaba de declarar que este sindicato "reconoce la lucha de clases, la aspiración de una sociedad sin clases y la apropiación de los medios de producción". Si a estas decisivas tomas de postura de las principales organizaciones de masa, tanto a nivel político como social, unimos los comentarios adversos de varios dirigentes, es fácil comprobar que el sector marxista tiene un evidente peso social específico en el partido, del que carece el ala socialdemócrata.

Todo ello ante un XXVIII Congreso que va a venir precedido de la unificación de los socialistas catalanes —a mitad de julio—, en cuyo proyecto de estatutos se señala que "con pleno respeto para todas las creencias personales, el PSC asume el marxismo como método de análisis y transformación de la realidad". De este modo, el carácter democrático del próximo Congreso va a ser un importante caballo de batalla del sector marxista para evitar que el "golpe de Estado" socialdemócrata de esta extraña primavera se consolide oficialmente el próximo otoño. Legalizar lo que es oficial u oficializar lo que es legal va a ser el eje contradictorio de los socialdemócratas y de los marxistas, respectivamente, de cara a esta decisiva reunión de los socialistas españoles.

Aunque, al igual que ocurre en UCD o el PCE, nadie va a abandonar las siglas en manos de la tendencia opuesta. Gane quien gane, ambos sectores van a seguir luchando por imponer sus concepciones a nivel de dirección. Lo mismo que en el PCE continúan los leninistas o en UCD los conservadores después del abandono del leninismo y del nombramiento de Rafael Arias Salgado, en el PSOE continuarán los marxistas en caso de su derrota o los socialdemócratas en la hipótesis de que no logren legalizar el "golpe de Estado". Al fin y al cabo, el Partido Socialista Francés, que no se define como marxista, practica en el vecino país una política de la unión de las izquierdas o los socialdemócratas del PSOE han podido llevar a cabo su política en determinados períodos históricos sin renunciar al marxismo.

Porque el verdadero desenlace de esta guerra político-social entre los dos bloques de la derecha y de la izquierda —la orientación definitiva y futura de UCD, PCE y PSOE— no es solamente un problema teórico, sino, al contrario, eminentemente práctico. Va a ser la realidad social española, y no los esquemas de laboratorio con los que se intentan ensayar fórmulas inéditas e importadas, la que finalmente opte por el triunfo de una u otra tendencia. La pugna actual en torno al marxismo no es más que una importante batalla, de claras consecuencias y repercusiones, pero no es el fin de la guerra; dado que la verdadera incógnita de esta polémica es saber si el panorama social de nuestro país va a acabar segregando una alternativa democrática distinta a la existente. Cuando conozcamos la respuesta sabremos quién ha vencido definitivamente en el PSOE. ■ Fotos: RAMON RODRIGUEZ.